

—¡Afortunado esposo!

—Ya sabes, fortuna de bribon. Mientras Diego Rondal pone á una sota el dinero con que debiera atender á las necesidades de su familia, la hermosa Elisa, muchas veces acosada por el hambre, y sin un real para dar de desayunar á dos tiernas y celestiales criaturas que tiene, le espera inquieta rogando á Dios por él.

—¿Pues cómo ahora la trae con tanto lujo?

—Grandeza de jugador: hoy abundancia y fausto, mañana hambre y miseria.

—Chico, mira si te decia bien: ahí llega la divina Luz con su mamá, acompañadas de Rafael y de Willey.

—¿Y cómo se compondrá ahora el doctor al encontrarse en la iglesia con Elisa?

—Ya sabrá él quedarse á regular distancia para no dar á entender que la ha venido acompañando.

—¿Y qué hermosa es....! Al verla tan esbelta, graciosa y aérea, se me representa á la ninfa Cloris de las islas Afortunadas, á quien Céfito la dió en dote, al casarse con ella, eterna juventud, el imperio de las flo-

res y el nombre de Flora. Os juro, amigos míos, que si me concedéis una muchacha de ese garbo y de esa gracia encantadora, á pesar de mi aversion á la coyunda nupcial, me reconcilio con el matrimonio.

—Y yo.—Dijo otro.

—Y yo.—Añadió un segundo.

—Y nosotros.

Exclamaron todos.

—Señores — advirtió interrumpiendo el diálogo uno que continuaba pasando revista á todos los que llegaban:—¿quiénes son esas émulas de Cloto y de Medusa que se acercan haciendo dengues y coqueteando?

—Esa es una familia que tiene privilegio exclusivo de ser fea.

—Pero ¿por qué habrán nacido con caras tan antiguas?

—¿Pues qué, no ves el molde?

Agregó uno señalando á la mamá que las acompañaba.

—Es verdad; tales padres, tales hijos. Pero, hombre, no habíamos reparado en

una notabilidad mendigante, satírico-poética, que puede divertirnos.

—¿Cuál?

—Pues ¿qué, no ven vdes. allí al improvisador poeta?

—Es verdad: vamos allá.

—Vamos allá.

Repitieron todos, y pasaron riéndose y levantando una confusa algarabía, adonde estaba el hombre del capote raído. Leopoldo les siguió, pero no con el objeto de tomar parte en la humillacion del desgraciado, sino con el de procurar que no se ensañasen con él.

El mendigo, al ver que le rodeaba aquella turba de alegres pisaverdes, les miró con desden, y tomó un aire resignado y tranquilo.

—Vamos á ver—exclamó uno de los jóvenes mas bulliciosos—dinos alguna sandez de las que acostumbras, vate descamisado, que nos haga reir de fastidio.

—Sí, vamos; tú que bebes, no en las cristalinas aguas de Hipoerene, sino en las eructantes de Baco.

—Sí, improvisa; que nosotros te pagaremos honrándote con oír lo que dices, sin bostezar.

Leopoldo se sintió mortificado al escuchar aquellas palabras con que se trataba de herir á un desgraciado.

El mendigo se mordió los labios, pero ocultó el enojo que le devoraba.

Leopoldo se retiró un poco para no escuchar las pesadas chanzas de sus amigos.

—¿Estás hoy de muda?

Le preguntó uno.

—Tendrá seca la lengua, y para que ande seria necesario que la remojase en pulque.

—No; que está esperando á que se le dé el pié.

—No cometeré yo desacato semejante con el mio, porque podria empañarme la bota con su vinoso aliento.

—Vamos, yo se lo voy á dar, y adecuado á su situacion, porque vdes. le exigen lo que no puede dar.

—Véamos, pues, dáselo.

—Aquí está: "*Es pedir peras al olmo.*"

El paciente mendigo alzó la cabeza como si recobrará su dignidad de hombre hasta entonces oculta entre los harapos en que iba envuelto: brilló en su rostro, marchito por el duro peso de la miseria, el fuego sublime de un corazón educado en la escuela del honor, y sus facciones se iluminaron con una luz indefinible, y adquirieron una expresión noble y enérgica, que contrastaba notablemente con la humildad de su esfera y con el desgarrado traje que le cubría.

—¡Silencio, que va hablar!

Dijo uno de los jóvenes con seriedad burlesca, no viendo en el cambio que se operó en aquel desgraciado, mas que un motivo á la risa general y á la burla de los que no ven el mundo sino como un teatro en que divertirse.

—Sí, sí; está inspirado: ¿no veis cómo el fuego del caliente mosto ilumina sus facciones?

—Va á vaticinar algo grande.

—Pero tiene la misma desgracia que Apolo, lo dió por castigo á Casandra; de profetizar y no ser creída.

A estas palabras, las facciones del mendigo fueron perdiendo marcadamente la expresión altiva con que se habían revestido por un instante; desapareció de su rostro el fuego que lo enalteciera; sucedió á la luz de la inteligencia que brilló en sus ojos, la de la tristeza profunda; y su cabeza, que poco antes se había levantado erguida y orgullosa, volvió á caer abatida sobre el pecho.

—¿Lo veis? se ha marchado la inspiración.

—Repítele el pié para que vuelva el número.

—Querer que improvise un tonto es pedir un imposible; es, lo que le dije para que le sirviera de pié, y que ahora repitió con el mismo fin: "*Es pedir peras al olmo.*"

El mendigo dirigió una mirada despreciativa á todos, excepto á Leopoldo, que no había tomado parte ninguna en aquellas burlas, y contestó sin detenerse:

—De los necios que hasta el colmo llegan de la fatuidad,

pedir juicio, honra y bondad,
es pedir peras al olmo.

Un grito de indignacion salió del círculo de jóvenes que le rodeaba.

—¡Se habrá visto osado semejante!

Exclamó uno de los aludidos elegantes.

—¡Lo dices por nosotros, insolente?

Añadió otro alzando el puño del baston para descargar sobre él.

El improvisador no se alteró por la amenazadora actitud que tomó su contrario, y respondió con una serenidad y un tono que nada tenían de comun.

—Yo no aludo á personas determinadas: digo lo que Iriarte en su conocida fabulita: *á todos y á ninguno*....

—¡Hola, hola! ¿sacas textos?

Exclamó riéndose uno.

—Señores, propongo que abramos una suscripcion para que establezca una cátedra de literatura en la pulquería de "*El Sueño*."

—¡Aprobado!

Gritaron todos.

—Dejemos á ese necio con ribetes de be-

llaco y descaro de mendigo bebedor, y sigamos ocupándonos de las que van llegando á misa.

—Tienes razon.

Y se retiraron un poco de él.

—Hombre, ¿de qué tapiz se habrá escapado esa tarasca que viene ahí, mas compuesta que ensalada de Nochebuena y mas fea que la necesidad?

—Atencion, amigos, y formalidad. Detras de la negra noche colocó Dios el dia; detras de la tempestad, el refulgente sol: aquí llega la simpática y encantadora Clotilde.

Leopoldo tembló de emocion al escuchar aquel nombre que ejercia un mágico poder sobre su alma, y palideció de placer.

—Mirad—exclamó uno;—se parece á la diosa Calipso que nos describe Fenelon, descollando magestuosa como una enhiesta palmera por encima de las voluptuosas ninfas que la rodean.

—¡Y quién es el que la acompaña?

—El señor Duval, dueño de la partida á donde todos los que vienen á pasar la tem-

porada, van á pagar un tributo de plata, y amigo íntimo de su padre D. Emilio Landeta.

—¿Y es novio de ella?

—Dicen que la ha pedido, ya por esposa.

—¿Qué lástima que se lleve un gringo un palmito que estaria mejor empleado, por ejemplo.... en mí!

—Y mas un hombre cuyos antecedentes nadie conoce.

—Pues yo apuesto á que ella no se casa á gusto con él.

—¿En qué fundas tu opinion?

—¿No veis la indiferencia y aun repugnancia con que contesta á las palabras que le dirige?

—Tal vez esté zelosa.

—O quiera á otro menos antipático que él.

—¿Qué dices tú de esto, Leopoldo?

Leopoldo se encojió de hombros como escusándose de omitir su opinion.

En aquel momento llegó Duval dando el brazo á la hermosa y su protectora, al grupo de jóvenes que guardaron silencio para admirarla.

Clotilde fijó los ojos en Leopoldo que estaba algo retirado de los otros, y que llevó disimuladamente la mano á la flor del girasol.

La joven advirtió aquella indicacion amorosa, y leyó en la flor estas palabras: "*Yo te amo: eres mi ídolo: mi pensamiento está constantemente en el objeto amado.*"

Duval no perdió ni el movimiento que su rival hizo con la mano, ni la mirada de la huérfana, aunque no pudo comprender lo que el girasol significaba.

El mendigo, no solamente advirtió la señal del enamorado joven, sino que tambien sorprendió el gesto de disgusto que arrugó el entrecejo de Duval.

La misa empezó á poco, y el zeloso prometido de Clotilde salió al atrio, esperando á que concluyese la ceremonia.

El grupo de alegres jóvenes penetró en el mismo instante en el templo, y solo quedaron afuera Leopoldo, entretenido con las dulces esperanzas y la risueña perspectiva de un delicioso porvenir, el mendigo que le observaba, y el envidioso rival que le

miraba desde junto á la puerta con implacable saña.

Leopoldo era el mas feliz de los hombres; estaba persuadido del amor de Clotilde, y aquel amor encerraba para él tesoros inapreciables, dichas sin guarismo, dias de felicidad que cada instante no cambiaria el alma por todas las riquezas de la tierra.

Su mente estaba fija en la memoria de la hechicera beldad que amaba, revistiéndola de mil formas á cual mas hechicera, aérea y celestial; sus ojos no veian otros encantos que los que le ofrecia el virginal decoro del ángel que embellecia con su mirada la naturaleza entera; sus oidos no percibian mas que el dulce eco producido por las amorosas palabras de su amada, mas sonoro que el leve murmullo del manso arroyo que halaga las flores y que el armonioso canto de las aves. Un delicioso éxtasis embargaba todas sus potencias, y las horas, velando su existencia, hacian de su vida una sucesion de delicias que realizaban el Eden perdido.

El alma de Duval estaba dominada de

afectos contrarios: en ella disputaban el dominio, los zelos y la venganza; su envidioso corazon daba fuerza á los primeros, y su mente acariciaba la segunda como remedio salvador á los desprecios.

En cada dulce emocion que reflejaba el interesante rostro de su favorecido rival, se retrataba en el suyo la marcada señal del odio y de la envidia de los réprobos.

Era el Caín altanero y vengativo que proyectaba la muerte de su inocente hermano, sacrificándole á un sentimiento bastardo y despreciable.

El mendigo que, colocado á regular distancia de uno y otro, habia estado leyendo en la fisonomía de ambos los diversos afectos del corazon, se dirigió lentamente hácia Duval, no con objeto de tomar parte en sus ideas de venganza, sino con el de ver si alcanzaba de él algo con que atender á las necesidades de aquel dia.

—¿Tiene vd.—le dijo con humildad extrema—la bondad de socorrerme con algo?

—Perdone vd. por Dios.

Contestó Duval, sin mirarle siquiera.

—Crea vd. que estoy en una necesidad extrema.

—Lo siento.

—Siquiera medio real para que almuerce.

—Nada.

Replicó con aspereza Duval.

—Soy una persona de educacion á quien su mala cabeza ha conducido al miserable estado en que me encuentro.

—¿Y cree vd. que yo trabajo para mantener holgazanes?

El semblante del mendigo se vistió de un gesto de ira.

Aquel hombre parecia formado de dos naturalezas diametralmente opuestas: llena una de dignidad y de nobleza, pronta á pedir reparacion completa de una ofensa hecha á la honra; otra degenerada, degradada y envilecida. Soberbio unas veces hasta la exageracion: humilde otras hasta la degradacion; lanzando aquí un epigrama contra los vicios, y entregado mas allá al de la embriaguez, aquel hombre presentaba una mezcla extraña que le hacia misterioso.

En las primeras palabras dirigidas á Du-

val, su actitud fué humilde, su acento respetuoso; pero al escuchar el denigrante epíteto de holgazan, todo su sér sufrió una mutacion completa; la indignacion se dejó ver en su rostro; miró con altanería á su ofensor, y le dijo con entereza, aunque reprimiendo su enojo.

—Insultar la desgracia, es accion indigna de un hombre honrado: nada quiero de vd.: si me diese vd. todos los tesoros de la tierra, no los recibiria, porque la caridad dada con altanería, remedia, pero ofende y humilla.

—No tema vd. que cometa yo tal disparate: lo que es por mí siempre se quedará vd., como dice el réfran, *d la luna de Valencia*.

El mendigo, con la prontitud que le era natural, contestó:

—De tu orgullo y tu inclemencia
me vengará al fin tu novia,
cuando deje, á quien me oprobia,
d la luna de Valencia.

—¡Cómo!.... ¡qué quieres decir con eso? Exclamó volviendo la cara que hasta entonces la habia tenido en direccion opuesta al improvisador: pero éste, sin atenderle, y dirigiéndole una mirada de desprecio, echó á andar con direccion á Leopoldo.

—No hay duda: éste es algun agente de mi rival, y éste rival está ante mis ojos.— Exclamó Duval sin poder ya contener su ira.—¡Oh! es preciso que yo le obligue á ese infame mendigo á que me explique el sentido de esas palabras.

Pero no pudo por entonces satisfacer su deseo: la gente que empezaba á salir de la iglesia, le dió á entender que la misa habia terminado, y se vió en la obligacion de esperar á Inés y á Clotilde, aplazando para otra vez aquella aclaracion.

Poco tardaron la huérfana y su protectora en salir; Duval las tomó del brazo, y pasó por junto á Leopoldo con exterior triunfante, pero humillado y vencido en su interior.

Leopoldo no advirtió aquel alarde de satisfaccion, pues sus ojos estaban ocupa-

dos en objeto mas interesante que la vanidad de un hombre que ignoraba aspirase á la mano de la que él amaba. Su mirada estaba en la del ángel de su amor, que le correspondió al alejarse, con otra llena de passion, dulce y consoladora.

—¿Tiene vd. la bondad, caballero, de darme un socorro?

Dijo el mendigo con voz humilde. Leopoldo no le contestó, porque estaba extasiado, viendo alejarse aérea, esbelta y gentil á la mujer que absorbía todas sus potencias.

El mendigo volvió á decir con voz mas fuerte.

—¡No quiere vd. darme algo, por amor de Dios?

Leopoldo le miró, pero por no perder aquellos instantes que aún podia dedicarlos á contemplar el aire seductor de su adorada, volvió á fijar sus ojos en ella, y no le respondió una palabra.

—Vea vd. que le pido con mucha necesidad.

Clotilde habia desaparecido ya, y Leo-

poldo metió la mano al bolsillo del chaleco y le dió dos reales, diciendo con aire jovial y cariñoso: aquel que porfia alcanza.

El mendigo, agradecido y deseoso de manifestarse interesado por él, le contestó sin detenerse:

—No hay que perder la esperanza, luchad contra hado y traidores, que en las batallas de amores, aquel que porfia alcanza.

Leopoldo miró sorprendido á aquel hombre que bajo un traje tan miserable encerraba un talento claro y despejado.

La oportunidad de aquella cuarteta y lo en armonía que se hallaba con su situación, le hicieron creer que aquel desgraciado, no era lo que representaba su desgarrado vestido.

Despertada, pues, su curiosidad, le preguntó.

—¿Quién le ha dicho á vd. que yo amo, ni que tengo contrarios con quienes combatir?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Yo que le he sorprendido á vd. esperando con impaciencia desde la esquina de la calle B. . . . á que se abriera el balcon de la casa del señor D. Emilio Landeta.

—¿Usted?

—Sí señor, yo, que dije para mí, los enamorados son generosos, y este sin duda me favorecerá hoy. Yo le seguí á vd. con objeto de pedirle un socorro; pero luego desistí por no interrumpirle en su amorosa tarea.

—¿Pero contra quién cree vd. que tengo que luchar para vencer?

—Contra el señor que vino acompañando á la señorita y su mamá.

—¿El señor Duval?

—Yo no sabia su nombre; pero es él mismo.

—Gracias; y pídamle vd. algo en premio de su aviso.

—Un pantalon que ya no le sirva á vd.

—Bien; y agregaré tambien una levita todavía en buen uso, chaleco y zapatos.

—¡Ah, señor...!—dijo el mendigo trasper-

tado de gozo:--el cielo le premiará á vd. esta accion generosa.

--Pero aquí no le puedo proporcionar á vd. esa ropa: yo no he venido mas que á pasar el domingo, y mañana lúnes me vuelvo á México. Si vd. quiere verme allí, puede vd. pasar cuando vd. guste.

--¿En dónde vive vd?

--En la calle de Tacuba.

--¿Qué número?

--Tres, segundo piso á la izquierda, vivienda principal.

--¿Por quién pregunto?

--Por Leopoldo Cabrera.

--¿Leopoldo Cabrera!

Dijo asombrado el mendigo.

--¿Qué le admira á vd?

--¿Es vd. hijo de D. Ignacio Cabrera?

--Sí.

--¿Comerciante de Leon?

--Sí.

--¿Acusado de haber cobrado unas libranzas enviadas por el señor D. Emilio Landeta, padre de la señorita Clotilde, de quien vd. está enamorado?

--Pero vd. ¿cómo sabe....?

--Ese es un cuento largo de contar.

--Pero mi padre era inocente.

--Nadie mejor que yo conoce esa verdad.

--¡Vd....! ¡Ah....! hable vd.: la revelacion de vd. desarmaria el odio que D. Emilio me consagra; y entonces me atreveria á pedirle la mano de su hija.

--Tal vez llegará el dia en que lo revele.

--Ahora.

--No puede ser. Iré á ver á vd. á la calle de Tacuba.

--¿Cuándo?

--Dentro de tres dias.

--No falte vd., por Dios.

--Estaré allí, y le revelaré á vd. cosas que le interesan sobremanera.

--¿Y no sabré quién es vd?

--Ahora no; entonces. Adios: hasta dentro de tres dias.

--Hasta dentro de tres dias: adios.